



MIS PLAGIOS



I.



n fin, hablemos del Sr. D. Luis Bonafoux y Quintero; pero no crea el agraciado, como se dice de los que dicen ganan un premio de la lotería, que me decido à publicar su nombre por espíritu de caridad; la caridad bien entendida—aunque él opinará hoy por hoy lo contrario—consistiría en no decir palabra de tal sujeto, dejándole en la merecida oscuridad en que vive, à pesar de todas las pajuelas de azufre escandaloso y pestilente que anda encendiendo por los rincones más intransitables de la prensa callejera; pajuelas cuya lumbre apaga el viento frío de la indiferencia pública, como

diría Alonso Martínez, puesto en mi caso. No es caridad sacar à relucir estos nombres de muchachos exaltados, que tienen por enfermedad el prurito literario, y que, creyendo imitar lo que ni siquiera son capaces de comprender, insultan y calumnian, y llaman à esto sátira y crítica; y confundiendo lastimosamente las espe-

cies, censuran al escritor, no por sus literaturas, sino por vicios, pecados y hasta delitos reales ó supuestos, pero siempre estraños á la materia artistica. La caridad consistiria en insistir público y critica en no conocer á tales caballeros, en no querer saber quién son, por mucho que vociferen. Así podría lograrse, y se ha logrado muchas veces, que, cansados de su eterno monólogo, dejasen las letras para quien son, y buscasen pábulo á su actividad en cualquier otro género de profesion ú oficio. Respecto del Sr. Bonafoux, no hay caridad en este artículo, preciso es confesarlo; pero acaso la haya con relacion á otros jóvenes y algunos viejos que pudieran tomar ejemplo de lo que aquí van á leer, para evitarse análogas malandanzas.

Tenga entendido, por consiguiente, el escritor filipino ó inca, ó lo que sea (ultramarino lo es), que si se adora la peana, es por el santo; de otro modo: que si se habla de él aquí, no es por él, sino porque conviene escoger uno entre muchos, y presentarlo á sus congéneres para que se miren en ese espejo.

II.

Hace ya algunos años ¡oh Póstumo! escribia yo con Sanchez Perez y otros amigos *El Solfeo*, y en este periódico, ó en alguno de los que le sucedieron con la misma direccion y sin grandes cambios de redactores, comencé á notar que colaboraba uno de estos escritores *gratuitos* que llegan á convertirse en *obligatorios*, verdadera polilla de la prensa madrileña literaria, causa principal de su decadencia y de otros muchos males consiguientes; y noté tambien que el tal colaborador, dicho sea sin vanidad—¡ni qué vanidad cabe en esto!—procuraba imitar mis articulejos, y desde luego conseguia parecérseme en la poca aprension con que yo abordaba algunas materias difíciles, sin más disculpa que el buen deseo y los pocos años; pero pronto advertí en sus ocurrencias cierta rudeza seca, una fraseologia vulgar y de baja estofa, á que yo, á Dios gracias, no he descendido nunca. Y, valga la verdad, no solo en esto, sino en otras muchas cosas de forma y fondo, creía yo distinguirme y aun separarme, hasta quedar á cien leguas, del Sosias importuno que en mi misma casa se me presentaba, de aquel espejo *de rigolade* que me molestaba y acababa por marearme, inspirándome repugnancia invencible. Por mucha modestia que yo tenga, y por mucha más que quiera aparentar, declaro que si hubiese creído que el señor Bonafoux, en cuanto escritor, se me parecia de veras, era como yo, no sólo hubiera arrojado la pluma, sino que me hubiese echado yo mismo al rio, ó por lo ménos en el surco. De resultas de todo esto, nació en mí una suprema antipatía, de la que era objeto aquel literato malicioso y atrevidillo que empezaba á firmar con el seudónimo de *Aramís*, que á él le parece ya tan famoso como el de Molière, ó el de Despraux, ó el de Figaro, ó el de Tirso.

Y en aquel tiempo yo no conocía al Sr. Bonafoux, el cual me escribió una carta muy fina, invitándome á comer con él y con su tío, embajador ó cosa así de una República americana. Las comidas iban á ser dos: una con tío y sobrino, y otra en compañía de muchos personajes, en un gran banquete que fué famoso, aquel en que Cánovas rogó á Castelar que aguase el vino. No recuerdo si contesté á las cartas é invitaciones; supongo que sí; pero lo cierto es que no fui á comer con Bonafoux y Quintero. Y aprovecho la ocasion para declarar al tío, si vive, que el no portarme entonces con la proverbial galantería de los hidalgos castellanos, fué por culpa del sobrino, ó, mejor de la antipatía que me inspiraba aquel eseritor *desenfadado y original*, que, dicho sea con perdon, se me ponía, y sigue poniéndoseme, en la boca del estómago.

Pasaron los días, pasaron años, y yo, muy á mi placer, seguía sin conocer personalmente á Bonafoux. Debo añadir que no leía ya hacía mucho tiempo sus artículos. No recuerdo por quién ni cuándo, se me dijo una vez:—Ese es *ese* Bonafoux...—En efecto, exclamé; ese es el Bonafoux que yo tenía aquí (señalando al estómago). Hacia buen tiempo, y el escritor original y maleante llevaba levantado el cuello del gaban como si fuese á cantar epistola, ó como si no pudiera tolerar el frio. ¡Qué original! Nada, lo mismo que Alfonso Karr. ¡Qué rarezas! ¡Qué salidas! ¡Oh! Por algo *le llaman* (¿quién?) el hombre de la puerta de Fornos (¿Por qué?)... Y despues de todo, puede ser un bendito. Pero me apresuro á decir que no lo parece. Como antipático... ¡lo es!

Al llegar aquí, se me podría decir que incurro en el defecto que censuro en Bonafoux y otros como él, puesto que me olvido de sus cualidades de escritor para hablar de su aspecto y de sus originales representadas. Pero contesto que en Bonafoux las *literaturas* van unidas inseparablemente á estos arranques geniales del hombre de la solapa enhiesta, y de la puerta de Fornos, y de las acusaciones infundadas é injuriosas que podrian llevarle ante la justicia, si uno tuviera mala intencion y tiempo que perder.

Y vuelvo á mi narracion. Una tarde, en la última primavera, se me presentó en mi rincon de Asturias un joven escritor americano, el Sr. Barreal, que no me dejará mentir, el cual me traía de parte de Bonafoux un libro, que conservo, titulado *Mosquetazos de Aramis*, con una dedicatoria *de manu auctor*, la cual decia: «Al autor de *La Regenta*, en prueba de simpatia, *Aramis*.» Y aqui un paréntesis: es así que, segun el Sr. *Aramis*, *La Regenta* es un plagio, es decir, un robo literario, y sin embargo el autor de *La Regenta* le es simpático... luego el Sr. Bonafoux simpatiza con los ladrones.

Como yo no era, ni soy, ni seré capaz de corresponder á tantas simpatías, ni leí el libro de *Aramis*, ni di las gracias al autor por el regalo, ni dije al público palabra de semejante producto de las musas.

III.

La consecuencia que el tal Bonafoux (Aramis en el Helicon) saca de todo esto, es que yo soy un plagiario, que le he robado à Zola una bellissima página que tomé de un libro suyo antes de escribirlo él; que *La Regenta* no es más que una mala traducción de *Madame Bovary*, y Zurita el mismo Bovary en persona; y mi *Pipá* ¡oh colmo de la venganza! una copia del *Periquin*, de Fernánflor. ¿Quién es Periquin? Juro por lo más sagrado que no conozco à ese Periquin, y que lo de plagiar à Fernánflor es una broma llevada al extremo. Pero vamos à cuentas, y pongámonos semiserios.

Todo lo que Bonafoux puede decir de mis obras, erigiéndose en crítico de ellas, me tiene sin cuidado; y en la absoluta sinceridad con que digo esto creerán cuantos me conozcan un poco, y el mismo Aramis acaso; para mí es un axioma que el tal Bonafoux no es de la clase de seres capaces de juzgar ó entender siquiera lo que yo escribo. Por esta parte sus censuras me producen el mismo efecto que me produjeran las de los toros de Guisando si pudieran escribir artículos.

Pero entre la hojarasca de los chistes y ocurrencias con que el buen Aramis aspira à molestarme, encuentro que me llama plagiario, y esto merece contestación, no por quien lo dice, sino por quien puede leerlo, por casualidad, como yo mismo lo he leído.

Recuerdo haber escrito en alguna parte algo por el estilo: en materia de plagios literarios cabrá sostener si son legítimos ó no; pero el escritor de conciencia hará en este punto lo que ciertos comunistas, que además son personas decentes: predicán tal vez la abolición de la propiedad, pero no roban.

Soy muy escrupuloso en este particular, y seguro de no haber tomado en la vida un renglón ni una idea à nadie, me molesta que haya quien diga, siquiera sea un Aramis, que he plagiado à tal ó cual autor, aunque este sea Cervantes.

Si el lorito de mi vecina, que me llama «borracho,» sin que yo haga caso de tal calumnia, me llamase plagiario... le llevaria ante los Tribunales. Lo mismo podría hacer con el Sr. Bonafoux, y él no debe de haberse fijado en esto. Prescindo de que me ha calumniado diciendo que he tomado à Zola una página bellissima de su *Pot-bouille* para un cuento de mis *Solos de Clarin*. *Pot-bouille* se publicó en 1882 y *Solos de Clarin* en 1881, es decir, un año antes; de modo que aquí la calumnia es evidente; pero prescindo de ella porque, por deficiencias legales relativas à las garantías de la propiedad intelectual, el plagio de que Bonafoux me acusa no es delito que produzca procedimiento de oficio, y, por consiguiente, su calumnia, moralmente, y jurídicamente también, tan vituperable como cualquier otra, ante la ley no puede ser perseguida con arreglo à nuestro Código penal. Pero la injuria es evidente, y, à mí

entender, injuria grave, comprendida en el art. 472, caso II del citado Código; y aunque yo viese las cosas algo abultadas y no fuese grave la injuria, nadie me podría negar que sea por lo ménos leve; y el Sr. Bonafoux podía ser muy bonitamente condenado á la pena de arresto mayor en su grado mínimo, y por ser el ataque injurioso público y por escrito, á una multa de 125 á 1.250 pesetas.

Reconozca el Sr. Bonafoux que éstas son habas contadas. ¿No ha de ser injuria, leve por lo ménos, decir á un escritor que vive de sus obras, y éstas de ser originales, que las copia de las ajenas, que hurta á otros escritores páginas, tipos, situaciones, etc., etc.? Si el Sr. Bonafoux pudiera demostrar que yo copiaba mis cuentos y novelas, ¿no aniquilaría la poca fama que haya podido adquirir á fuerza de trabajo y de años de perseverante afán, para ganarme un puesto humilde en nuestras letras, y si no la comida, la cena de mis hijos? ¿Cree Bonafoux que los editores me comprarían mis libros si llegasen á pensar que he dado en la gracia de copiarlos?

¿Y con qué cara el Sr. Bonafoux se atreve á decir, siendo esto tan grave para mí, que he copiado á Zola, sabiendo que era imposible, pues lo que supone copiado se publicó un año antes que el supuesto original?

Que Bonafoux procedió de mala fé, es indudable. Pues si quiere disculparse diciendo que él no se detuvo á mirar en la cubierta de cada libro de qué año era, la disculpa será torpe. ¡Cómo! replicaremos todos; ¿usted aventura en público acusaciones tan graves, sin enterarse antes de que son fundadas? ¿Por qué dice usted que *Clarín* plagia á Zola sin que le conste? Mala fé y ligereza incalificables.

Pero ¿y los demás plagios? dirá Bonafoux, colorado, supongo yo, porque no creo que le falte la sangre oportuna que debe subirse al rostro en casos semejantes.

—Allá vamos, señor mío, allá vamos. Pero bueno es, y malo, malísimo para usted, que el juez ó tribunal que entienda en el asunto, sea el público, sea un tribunal de honor literario, tenga de usted estos antecedentes: que usted acusa de plagios imposibles *astronómicamente*, que usted calumnia á *Clarín* de modo evidente, é insiste, sin embargo, en probar otros plagios. ¿No es natural que los que hayan de juzgarnos estén poco propicios á creer las cavilaciones malévolas de usted?

¿Y no tendría yo derecho á despreciar todas sus demás acusaciones de plagio, después de esa evidente calumnia?

Pero ya he dicho que no es por usted, sino por los que pueden haberle leído, por quien yo doy explicaciones.

Y vamos á ellas.

IV

Dice Bonafoux (esto no lo he leído en escrito suyo, sino en un corresponsal de un periódico, que se refiere á ciertas frases de *Aramis*

en *La Regencia*, diario que no he visto en mi vida; es mas, dudo que exista semejante periódico, y me fundo en que, según dicen, está inspirado por D. Pio Gullón, y ya se sabe que la ciencia moderna ha demostrado que D. Pio Gullón es un mito: es el dios del agua... de cerrajas); dice que mi *Pipá* está tomado del *Periquin* de Fernánflor.

Yo no conozco á ese *Periquin*, pero según me dicen, se trata de un niño pobre que en Nochebuena se vé abandonado, en la calle, entre la nieve, y despues es recogido por unas damas, y entra en un sarao, ó no sé en donde, etc., etc.

La acusacion de que yo imite, plagie ó copie á D. Isidoro Fernandez Flórez será absurda, desde luego, á los ojos de los que estén en ciertas interioridades psicológicas y sepan la opinion que tengo de las facultades literarias y artisticas del Sr. F. Flórez; facultades que no niego, mas que son de indole tan distinta de las que yo para mí quisiera; pero como el público en general no está en autos, estos argumentos recónditos no me sirven.

Yo no he leído á *Periquin*. Esto no puede probarse. ¿Cómo he de probar yo que no lo he leído? Por aquí tampoco hay argumento ni probanza. Y sin embargo, ¡bien sabe Dios que no lo he leído!

Pero es el caso que *Pipá* está tomado del natural; vivió y murió en Oviedo; fué tal como yo le pinto, aparte las necesarias alteraciones á que el arte obliga; el que me lo confunda con uno de tantos muchachos como han figurado en esos cuentos de Navidad en que hay nieve, antítesis de niños ricos y bien comidos, etc., no me ha hecho el honor de enterarse de lo que es mi *Pipá*. ¡Cuántos pilluelos, en las condiciones generales de *Pipá* y de *Periquin*, andarán por esas literaturas romántico-cristianas! ¡Cuántos tipos, modelos de esta clase, no podríamos encontrar sólo en Dickens! Algunos tiene Ouida, uno tiene Dostoiewski en un cuento, que se parece mucho más á ese *Periquin*, por lo visto, que mi *Pipá*; y no creerá nadie que el autor de *Crimen y castigo* copió á Fernánflor; ni tampoco dirá nadie que está sacado de *Periquin* *El pájaro en la nieve*, precioso boceto de Armando Palacio (otro mozo incapaz de imitar á Fernánflor, así lo tonsuren). De *Pipá*, sabe todo Oviedo; el *medio ambiente* que le rodea es de Oviedo en parte, y en parte de Guadalupe. Y sobre todo, ¡cáscaras! que yo no he leído el *Periquin* de Fernánflor. Y sobre eso todavía, que yo no soy hombre para copiar, imitar ó plagiar á Fernánflor... ¡Si el alma un cristal tuviera, Sr. Bonafoux!

Y, en fin, ¿quiere usted que haya copiado el *Periquin*? Pues sea, bueno. ¡Despues de todo, la cosa tiene gracia!

Todo lo demás que he copiado en este mundo, según Bonafoux, está sacado de *Madame Bovary*, que es entre literatos como sería entre teólogos escribir: *Et Verbum caro factum est*, etc., y despues firmar: Ramon Nocedal, ó C. el conde de Toreno.

En esto de plagiar la *Madame Bovary*, no voy yo sólo ni mal acompañado; de igual delito acusa Bonafoux al novelista portu-

guès Eca de Queiroz, al cual mira el malicioso mosquetero, ó mosquito literario, por encima del hombro. Eca de Queiroz, que no es tan comunicativo como yo (verdad es que tambien vale infinitamente más) no contesta singularmente á los Bonafoux de su tierra que le hablan de sus plagios. Dirigiéndose á todos, les dice lo siguiente: que sólo puede ver semejantes parecidos (1) *uma obtusidade de cornea ou uma má fé cynica*. Ya lo oye Bonafoux, que por lo visto *plagia*, como él diria, á los enemigos portugueses de Eca de Queiroz; escoja entre *uma má fé cynica* ó *uma obtusidade de cornea*.

Bonafoux debe de haber leído hace muy poco tiempo *Madame Bovary*, y está con tal lectura como niño con zapatos nuevos; y todo lo que ve se le antoja—ó tal finge—copiado de *Madame Bovary*. ¿Conque *El primo Basilio* está *sacado* de la novela de Flaubert? ¡Claro! Hay una mujer, un marido y un amante... pues cátrate á Eca de Queiroz *otra vez* plagiario.

Por lo que á mí se refiere, como no creo que Aramis tenga una *obtusidad* de cuerno, y más bien creo en sus *agudezas*, sean del material que sean, no puedo ofrecerle semejante disyuntiva.

No quiero entraren filosofías sobre lo que es plagio y no es plagio; sobre los ilustres ejemplos de imitacion, y algo más que imitacion, que nos dejaron los más famosos escritores; yo soy de los que opinan que cuanto más original se sea, mejor; que cuanto menos se parezca uno á los demás, mejor; que cuantas menos coincidencias haya entre nuestras obras y las ajenas, mejor. ¡A buena parte viene Bonafoux! ¡Soy un puritano! Soy de los que piensan que para la fama de Scarron, por ejemplo, hubiera valido más que su *Virgile travesti* no tuviera delante de sí la *Eneida travestida* de Lalli; y, sobre todo, me parece que su *Roman comique* pierde mucho para los que saben del *Viaje entretenido*, de Agustín de Rojas.

El Sr. Bonafoux debe de saber que plagio recuerda el nombre del castigo á que condenaban los romanos á ciertos criminales: *ad plagas* (el Sr. Bonafoux lo sabrá, pero no por el Diccionario de la Academia, que no lo dice); pues bien; á esos latigazos condenaría yo á cuantos copian ó imitan muy de cerca literatura ajena. Paso porque el que tenga aficion á lo clásico imite á los antiguos, como hacía Racine; pero á los contemporáneos hay que dejarles íntegro lo suyo; y así, en mi concepto, decía bien Scudery: *Ce qui est étudé chez les anciens, est volé chez les modernes*. No se puede acusar á un literato de cosa más fea que el plagio, no ya solo por motivos de honradez, sino porque es suponerle nulo, incapaz; y Rousseau hacía bien en irritarse ante acusacion semejante, porque, como él decía: *Ce sont de gens pourvus de bien peu du talent par eux mêmes, qui se parent ainsi de ceux d' autrui*.

Yo no transijo de buen grado ni siquiera con los plagios del genio,

(1) Se trataba de *La faute de l' abbé Mouret* y de *O Crime do Padre Amaro*.

y la teoría del robo con el asesinato, si me parece ingeniosa, me parece poco justa. Shakespeare, con ser quien es, tan original en el fondo, que esplica la paradoja de Victor Hugo que decia: «la naturaleza se parece á Shakespeare (1),» hubiera hecho mejor absteniéndose de tomar, de 6.043 versos, 1.771 á poetas que le precedieron; para mí es esto más grave que lo que hizo con los argumentos y hasta con la accion y las situaciones de tantas obras dramáticas anteriores; y eso que, en mi juicio, acaso aumentaría el mérito del gran trágico si se pudiera decir: «Señores, es cosa segura que el autor de *Hamlet* no debe nada á nadie; no ya á sus compatriotas, sino tampoco á los extranjeros; y así, es cosa averiguada que es una suspicacia infundada de autores italianos el creer que Macbeth debe acaso sus *Brujas* á las *streghe* de tragedia del italiano Gibaldi, *L'Orbecche*; y cabe asegurar que es una *obtusidade cornea* el decir que de la *Arrenopia* del mismo Gibaldi, ó de una novela italiana de parecido argumento, pudo Shakespeare sacar el asunto y la intriga de *All's well that ends well*, como tambien piensan algunos y tambien se equivocan, que pudo tomar la famosa Porcia la *jurisconsulta*, ó, mejor, *oradora*, del *Mercader de Venecia*, de la citada *Arrenopia*.» Yo, señor Bonafoux, atribuyó el mayor encanto de *Romeo y Julieta* á la *manera* de Shakespeare; pero no cabe negar, que aún sería mayor el mérito si hasta el asunto fuese suyo y no se pudiera decir que probablemente el divino poeta tomó la *materia primera* de Arturo Brooke en su *Historia trágica de Romeo y Julieta*, que á su vez está sacada, como la tragedia *Adriana*, de Luis Groto, de la novela *Julietta* de Luis Porto.

Conocerá usted, de fijo, Sr. Aramis, la famosa *Mandrágora* de Machiavelli, ó Maquiavelo por acá, y de fijo sentirá usted disminuir algo su admiracion, como me pasa á mí, pensando que tal vez tomó para ella accion y situaciones de la *Mandragoreggiata* de Alessi... ¿Quién no ha oído hablar de los llamados plagios de Sardou? ¿Y qué duda cabe de que algo ganaría el dramaturgo francés con que, v. gr., el cuarto acto de su famosa obra *Nos intimes*, no estuviera copiado, segun dicen, *textualmente*, de una obra desconocida, *Le discours de rentrée*?... El muy pio Virgilio, el maestro del Dantez ¿no pierde algo de su gloria cuando se sabe que no solo tomó materiales de Ennio, sino tambien de Nevio, de Lucrecio y de otros varios? En fin... en fin, dirá Aramis, Sr. Clarin, eso es escaparse por la tangente, y lo que quiere usted con ese discurso á lo don Hermógenes, es que olvidemos á *Madame Bovary* y los plagios de usted.

—Habla usted como un libro, jozen Aramis. Vamos al caso. Pero

(1) Aquí tiene Bonafoux otro plagio mío: yo leí á Shakespeare antes que el libro *Shakespeare*, del poeta francés; una tarde, en mi huerta, en la aldea, á los veinte años, se me ocurrió pensar una idea análoga á esa, y la escribí despues en mis *Solos de Clarin*. Años despues leí la frase de Victor Hugo. ¡Plagio!

conste que soy de los que no admiten el plagio, ni atenuado siquiera. Ahora, lo que es seguro que ha sido coincidencia y no imitacion ni copia, eso claro está que lo absuelvo. Así v. gr., para mí no pierden nada *La Courtisane amoureuse*, de Lafontaine, ni Manon Lescaut, Marion Dèlorme y Margarita Gauthier, porque en el teatro indio se haya encontrado un drama antiguo, atribuido al rey Cúdraka, y titulado *Mriquiakatiki*, en el cual hay una *horizontal* de muy buen corazon, llamada *Vasantasena*, que, según dicen, es la primera y acaso la mejor edicion de la pecadora redimida por el amor, etc., etc. Seria absurdo pensar que Alejandro Dumas copió su *Margarita de Vasantasena*. Todavía hay otro parecido más acentuado en el teatro japonés, en una comedia titulada *Ka ni-ya Giyè* (Giyé el papelero, como si dijéramos), en la cual se encuentra un argumento semejante en lo esencial al de *La Dama de las camelias*. O'Haré, una cantarina, es la querida de Giyè, que tiene mujer legítima, pero quiere hacer de su amada O'Haré una *mekaké*, ó su concubina legal. Esto cuesta dinero, porque es cosa cara el librar á la pobre cantante de su baja condicion de *ghesha*, ó meretriz de inferior categoria. El papelero quiere empeñarse para alcanzar su propósito, y entonces interviene su padre, que recurre á la generosidad de la cortesana y consigue que ésta se haga despreciar de su amante, para que Giyè vuelva al buen camino. ¿Qué diria Bonafoux si una invencion mia se pareciese á otra cualquiera, como se parece á esta comedia japonesa la famosa obra de Dumas? Y sin embargo, es absurdo suponer que el dramaturgo francés fué al Japon por su hermosísima figura Margarita Gauthier.

V.

Y ahora vuelvo yo de Yedo, y como mejor proceda en derecho, digo:

Bonafoux asegura que cierta novela mia, titulada *La Regenta*, es plagio de *Madame Bovary*, y para ello se funda en que madame Bovary va una noche á un teatro con su marido y allí se encuentra con su amante, y no pasa en el teatro nada de particular; y en *La Regenta* tambien va la protagonista al teatro, y allí está un señor que la quiere decir que la adora, pero que todavía no se lo ha dicho. Tenemos como prueba de plagio, un teatro: teatro en *Madame Bovary*, teatro en *La Regenta*. Un marido: marido en *Madame Bovary*, marido en *La Regenta*; una esposa (id., id., id.); un amante en *Madame Bovary*, un pretendiente *inconfeso* en *La Regenta*. Ese es el plagio, esa es la mala traduccion de la novela de Flaubert.

Por lo visto, ménos lincees que Bonafoux, no han notado el plagio que él señala los muchos, muchísimos criticos españoles y extranjeros que se han dignado hablar de mi novela, que es tan mala como mia, pero tan mia como mala tambien.

Los periódicos franceses *Nouvelle Revue*, *Revue Britannique*, *Revue du monde latin*, *Le Temps*, etc., etc., que se han dignado hablar, algunos muy por largo, y con elogios absurdos, por lo inmerecidos, de ese plagio mio, no han leído, por las señas, la obra maestra de Flaubert, pues ninguno de ellos ve parecidos, ni plagios mucho ménos.

Dos escritores que en una competencia, para mí muy halagüeña, me han pedido permiso para traducir en francés *La Regenta*, tampoco deben de saber que *Madame Bovary* existe en el mundo. Lo mismo digo de los periódicos norte americanos, italianos, portugueses, suizos etc., etc., que han dado cuenta del argumento de mi pobre novela. Solo Bonafoux ha dicho: es plagio.

¡Cuántas novelas podría yo citarle, anteriores y posteriores á la de Flaubert, en que hay escenas de marido, amante y mujer en el teatro! Quinientas. Ahora mismo me acuerdo (y conste que yo leo pocas novelas), me acuerdo de *Guerra y Paz*, de Tolstoi, en que á cada momento se va al teatro la accion; *Ana Karenine*, del mismo Tolstoi; *Mensonges*, de Paul Bourget; *El Primo Basilio*, de Eca de Queiroz... ¡qué se yo!

En *Madame Bovary* la escena del teatro es un episodio insignificante, de los de ménos relieve; en mi novela es un largo capítulo en que se estudia el alma de *La Regenta* por muchos lados, un capítulo de los principales para la accion interna del libro; además, Flaubert no se propone pintar el teatro de provincia en este episodio de su novela, y yo en el mio sí, y como Dios me da á entender, describo el *coliseo* de mi pueblo sin acordarme de que hay Flaubert en el mundo, y recordando solo mil pormenores y accidentes históricos almacenados en mi memoria, enamorada de los años de la infancia y de la primera juventud.

Otrosí: contestando yo á una carta cariñosa del gran poeta Zorrilla, le decia que iba á señalar mi gran admiracion á su *D. Juan Tenorio* en un largo capítulo de mi primera novela, y, en efecto, así fué. Pero hay más. La idea de pintar el efecto que produce en un alma de cierto temple poético el *D. Juan*, de Zorrilla, visto por primera vez en la plena juventud, no es original de Clarín, Sr. Bonafoux; pero no la tomé de Flaubert. En *Madame Bovary* la representacion de *Lucia* poco ó nada importa al autor ni á la protagonista, y apenas se habla de ella. Algo más parecido á lo que sucede en *La Regenta* se puede ver en *Miss Broun*, de la ilustré violeta Paget (Vernon Lee). Pero la novela inglesa se publicó dos años despues que *La Regenta*. No obstante, segun el sistema de los plagios proféticos de Bonafoux, puedo yo haber plagiado á Vernon Lee: la tomé de la realidad. La digna y joven esposa de un pintor notable vió por primera vez el *D. Juan* casada ya, y un amigo mio, Félix Aramburu, poeta y notable escritor de Derecho penal, fué quien observó la admiracion interesante, simpática y significativa que aquella dama experimentó, y que queria comunicar á

otros espectadores, incapaces de gustar toda la fresca y brillante hermosura del drama de Zorrilla, que sabian de memoria; à mi amigo Aramburu debo el *original* de este *apunte*, y à mí propio la ocurrencia, feliz ó infeliz, de aprovecharlo.

Cuando escribí este capítulo del teatro no pensaba en madama Bovary ni con cien leguas; diez ó doce años hacia que la habia leído. Pero aunque me hubiera acordado de ella, sin el menor escrúpulo hubiera escrito todo lo escrito; pues, en efecto, no hay parecido ni remoto en lo que llama Bonafoux plagio. Ni por el propósito, ni por el asunto, ni por la forma, ni por la importancia en la economía de la obra, hay analogia de ninguna clase. Léanse ambos episodios, y se podrá ver más claro lo que digo. Siempre me encontrará Bonafoux copiando... lo que veo, pero no lo que leo.

Segun Aramis, tambien he copiado à madama Bovary en mi cuento *Zurita*. Tambien Zurita y compania se está traduciendo en francés, de modo que así volverà à la nacion de su origen, según *Aramis*. Aquiles Zurita, según él, es Carlos Bovary. ¿Saben ustedes por qué son idénticos?—Por lo siguiente: Aquiles Zurita, alumno del doctorado de Filosofía y letras en Madrid, se presenta en una cátedra de Historia de la Filosofía, y el profesor le pregunta cómo se llama. El nombre de Aquiles hace reir y alborotar à los estudiantes, que celebran los chistes del catedrático à costa de Zurita, y se permiten disparar contra su humilde condiscípulo bolitas de papel. Carlos Bovary, que por lo demás no se parece en nada à Zurita (y esto no lo negará Bonafoux, como no sea loco de remate); Carlos Bovary entra en un aula de latin en no recuerdo que poblachon normando; el dómine le pregunta su nombre, y el pollancon palurdo, descompuesto, lleno de vergüenza, balbucea, de mala manera, sin que se le entiendan, las sílabas de su nombre y apellido; el profesor castiga à toda la clase porque rie y alborota, y al recién venido le castiga tambien por su falta de desparpajo. Y ¡oh colmo del plagio! tambien los condiscípulos del Bovary saben que uno de los modos de divertirse à costa del prójimo en clase es disparar bolitas de papel; pero estos, además, aúllan, ladran, patalean. Otrosí: las bolitas de papel que los condiscípulos de Bovary arrojan con la punta de la pluma están mojadas, porque el autor dice: «de temps à autre, quelque boulette de papier lancés d' un bec de plume, qui vint s' eclabousser sur sa figure. Mais il s' essayait avec le main, et demeurait immobile, les yeux baissés...»

Y ahora se me ocurre una cosa. Las bromas, pesadas ó no dadas. Voy à copiar *todo el plagio*; el téxto francés de *Madame Bovary* y el téxto del robo; el lector verá hasta qué punto soy yo ladrón, aunque no nocturno ni en despoblado, porque la verdad que robarle à Flaubert las primeras páginas de su obra maestra, es como robarle al Papa la mula cuando celebra de pontifical y ben-

dice al mundo. Apenas se enteraria nadie. Indudablemente, si el Sr. Bonafoux no fuera tan erudito, ¿quién hubiera dado con mi plagio?

Y dice Flaubert:

MADAME BOVARY

Nous étions à l'étude, quand le proviseur entra, suivi d'un nouveau habillé en bourgeois et d'un garçon de classe qui portait un grand pupitre. Ceux qui dormaient se réveillèrent, et chacun se leva comme surpris dans son travail.

Le proviseur nous fit signe de nous rasseoir, puis, se tournant vers le maître d'étude:

—Monsieur Roger, lui dit-il à demi-voix: voici un élève que je vous recommande, il entre en cinquième. Si son travail et sa conduite sont méritoires, il passera dans les grands, où l'appelle son âge.

Resté dans l'angle derrière la porte, si bien qu'on l'apercevait à peine, le nouveau était un gars de la campagne, d'une quinzaine d'années environ, et plus haut de taille qu'aucun de nous tous. Il avait les cheveux coupés droit sur le front, comme un chantre de village, l'air raisonnable et fort embarrassé. Quoiqu'il ne fût pas large des épaules, son habit-veste de drap vert à boutons noirs devait le gêner aux entournares, et laissait voir, par la fente des parements, des poignets rouges habitués à être nus. Ses jambes, en bas bleus, sortaient d'un pantalon jaunâtre très-tiré par les bretelles. Il était chaussé de souliers forts, mal cirés, garnis de clous.

On commença la recitation des leçons. Il les écouta de toutes ses oreilles, attentif comme au sermon, n'osant même croiser les cuisses ni s'appuyer sur le coude; et, à deux heures, quand la cloche sonna, le maître d'études fût obligé de l'avertir, pour qu'il se mit avec nous dans les rangs.

Nous avions l'habitude, en entrant en classe, de jeter nos casquettes par terre à fin d'avoir ensuite nos mains plus libres; il fallait dès le seuil de la porte, les lancer sous le banc, de façon à frapper contre la muraille en faisant beaucoup de poussière; c'était-là le genre. Mais soit qu'il n'eût pas remarqué cette manœuvre, ou qu'il n'eût osé s'y soumettre, la prière était finie que le nouveau tenait encore sa casquette sus ses deux genoux.

C'était une de ces coiffures d'ordre composite, où l'on retrouve les éléments du bonnet à poil, du chapska, du chapeau rond, de la casquette de loutre et du bonnet de coton, une de ces pauvres choses, en fin, dont la laideur muette a des profondeurs d'expression comme le visage d'un imbécile. Ovoïde et renflée de baleines elle commençait par trois boudins circulaires, puis s'alternaient, séparés par une bande rouge, des losanges de velours et de poils de lapin; venait ensuite une façon de sac qui se terminait par un polygone cartonné, couvert d'un broderie en soutache compliquée, et d'où pendait, au bout d'un long cordon trop mince, un petit croisillon de fils d'or, en manière de gland. Elle était neuve; la visière brillait.

—Levez-vous, dit le professeur.

Il se leva; sa casquette tomba. Toute la classe se mit à rire.

Il se baissa pour la reprendre. Un voisin la fit tomber d'un coup de coude, il la ramassa encore une fois.

—Debarrassez-vous donc de votre casque, dit le professeur, qui était un homme d'esprit.

Il y eut un rire éclatant des écoliers qui dicontenança le pauvre garçon, si bien qu'il ne savait s'il fallait garder sa casquette à la main, la laisser par terre ou la mettre sur sa tête. Il se rassit et la posa sur son genou.

—Levez-vous, reprit le professeur, et dites-moi votre nom.

Le nouveau articula, d'une voix bredouillante, un nom inintelligible.

—Répétez!

Le même bredouillement de syllabes se fit entendre couvert par les huées de la classe.

—Plus haut, cria le maître, plus haut!

Le nouveau prenant alors une résolution extrême, ouvrit une bouche démesurée et lança à pleins poumons, comme pour appeler quelqu'un, ce mot: Charbovari!

Ce fut un vacarme qui s'élança d'un bond, monta en crescendo, avec des éclats de voix aigus (on hurlait, on aboyait, on trépignait, on répétait: Charbovari, Charbovari!), puis qui roula en notes isolées, se calmant à grand-peine et parfois qui reprenait tout à coup sur la ligne d'un banc où saillissait encore ça et là, comme un pétard mal éteint, quelque rire étouffé.

Cependant, sous la pluie des pensums, l'ordre peu à peu se rétablit dans la classe, et le professeur, parvenu à saisir le nom de Charles Bovary, se l'étant fait dicter, épeler et relire, commanda tout de suite au pauvre diable d'aller s'asseoir sur le banc de paresse, au pied de la chaire. Il se mit en mouvement, mais, avant de partir, hésita.

—Que cherchez-vous? demanda le professeur.

—Ma cas..., fit timidement le nouveau, promenant au tour de lui des regards inquiets.

—Cinq cents vers à toute la classe! exclamait d'une voix furieuse, arrêta, comme le *Quos ego*, une bourrasque nouvelle. Restez donc tranquilles! continuait le professeur indigné, et s'essuyant le front avec son mouchoir qu'il venait de prendre dans sa toque. Quant à vous, le nouveau, vous me copierez vingt fois le verbe *ridiculus sum*. Puis, d'une voix plus douce:

—Eh! vous la retrouverez votre casquette; on ne vous l'a pas volée.

Tout reprit son calme. Les têtes se courbèrent sur les cartons, et le nouveau resta pendant deux heures dans une tenue exemplaire, quoiqu'il y eût bien, de temps à autre quelque boulette de papier lancée d'un bec de plume qui vint s'éclabousser sur sa figure. Mais il s'essuyait avec la main, et demeurait immobile, les yeux baissés.

Hasta aquí M. Flaubert. Ahora allá va *Clarín* con el robo entre las manos.—Y digo yo (*Pipá—Zurita*.—I, pág. 366):

—*¿Cómo se llama usted? preguntó el catedrático, que usaba anteojos de cristal ahumado y bigotes de medio punto, erizados, de un castaño claro.

Una voz que temblaba como la hoja en el árbol, respondió en el fondo del aula, desde el banco más alto, cerca del techo:

—Zurita, para servir á usted.

—Ese es el apellido; yo pregunto por el nombre.

Hubo un momento de silencio. La cátedra, que se aburría con los ordinarios preliminares de su tarea, vió un elemento dramático, probablemente cómico, en aquel diálogo que provocaba el profesor con un desconocido que tenía voz de niño lloron.

Zurita tardaba en contestar.

—¿No sabe usted cómo se llama? gritó el catedrático, buscando al estudiante tímido con aquel par de agujeros negros que tenía en el rostro.

—Aquiles Zurita.

Carcajada general, prolongada con el santo propósito de molestar al paciente y alterar el orden.

—¿Aquiles ha dicho usted?

—Sí... señor; respondió la voz de arriba, con señales de arrepentimiento en el tono.

—¿Es usted el hijo de Peleo? pregunto muy serio el Profesor.

—No, señor, contestó el estudiante cuando se lo permitió la algazara que produjo la gracia del maestro. Y sonriendo, como burlándose de sí mismo, de su nombre y hasta de su señor padre, añadió con rostro de jovialidad lastimosa:

—Mi padre era alcarreño.

Nuevo estrépito, carcajadas, gritos, patadas en los bancos, bolitas de papel que buscan, en gracioso giro por el espacio, las narices del hijo de Peleo.

El pobre Zurita dejó pasar el chubasco, tranquilo, como un hombre empapado en agua ve caer un aguacero. Era bachiller en Artes, había cursado la carrera del Notariado, y estaba terminando con el doctorado la de Filosofía y Letras; y todo esto suponía multitud de cursos y asignaturas, y á cada asignatura había ocasión para bromas por el estilo, al pasar lista por primera vez el catedrático. ¡Las veces que se habían reído de él porque se llamaba Aquiles! Ya se reía él también, y aunque siempre procuraba retardar el momento de la vergonzosa declaración, sabía que al cabo tenía que llegar, y lo esperaba con toda la filosofía estoica que había estudiado en Séneca, á quien sabía casi de memoria, y en latín, por supuesto. Lo de preguntarle si era hijo de Peleo era nuevo, y le hizo gracia.

Bien se conocía que aquel profesor era una eminencia de Madrid. En Valencia, donde él había estudiado los años anteriores, no tenían aquellas ocurrencias los señores catedráticos.

Zurita no se parecía al vencedor de Héctor, según nos le figuramos, de acuerdo con los datos de la poesía.

Nada menos épico ni digno de ser cantado por Homero, que la figurilla de Zurita. Era bajo y delgado; su cara podía servir de puño de paraguas, reemplazando la cabeza de un perro ventajosamente. No era lampiño, como debiera, sino que tenía un archipiélago de barbas, pálidas y secas, sembrado por las mejillas enjutas. Algo más pobladas las cejas, se contraían constantemente en arrugas nerviosas; y con esto, y el titilar continuo de los ojillos amarillentos, el gesto que daba carácter al rostro de Aquiles, era una especie de *resol ideal* esparcido por ojos y frente; parecía, en efecto, perpetuamente deslumbrado por una luz muy viva que le hería de cara, le lastimaba y le obligaba á inclinar la cabeza, cerrar

los ojos convulsos y arrugar las cejas. Así vivía Zurita; deslumbrado por todo lo que quería deslumbrarle, admirándolo todo, creyendo en cuantas grandezas le anunciaban, viendo hombres superiores en cuantos metían ruido, admitiendo todo lo bueno que sus muchos profesores le habían dicho de la antigüedad, del progreso, del pasado, del porvenir, de la historia, de la filosofía, de la fé, de la razón, de la poesía de la crematística, de cuanto Dios crió, de cuanto inventaron los hombres. Todo era grande en el mundo menos él. Todos oían el himno de los astros que descubrió Pitágoras; sólo él, Aquiles Zurita, estaba privado, por sordera intelectual, de saborear aquella delicia; pero en compensación tenía el consuelo de gozar con la fé de creer que los demás oían los cánticos celestes.

No había acabado de decir su chiste el profesor de las gafas, y ya Zurita se lo había perdonado.

Y no era que le gustase que se burlaran de él, no; lo sentía muchísimo; le complacía vivamente agradar al mundo entero; mas otra cosa era aborrecer al prójimo por burla de más ó de menos. Esto estaba prohibido en la parte segunda de la *Ética*, capítulo III, sección cuarta.

El catedrático de los ojos malos, que tenía diferente idea de la sección cuarta del cap. III de la segunda parte de la *Ética*, quiso continuar la broma de aquella tarde á costa del Aquiles alcarreño, y en cuanto llegó la ocasión de las preguntas, se volvió á Zurita y le dijo:

—A ver, el Sr. D. Aquiles Zurita. Hágame usted el favor de decirme, para que podamos entrar en nuestra materia con fundamento propio: ¿Qué entiende usted por conocimiento?

Aquiles se incorporó, y tropezó con la cabeza en el techo; se desconchó éste, y la cal cubrió el pelo y las orejas del estudiante. (Risas.)

—Conocimiento... conocimiento... es... Yo he estudiado *Metafísica* en Valencia...

—Bueno, pues... diga usted: ¿qué es conocimiento en Valencia?

La cátedra estalló en una carcajada; el profesor tomó una cómica seriedad, que usaba cuando se sentía muy satisfecho. Aquiles se quedó triste. Se estaba burlando de él, y esto no era propio de una eminencia.

Mientras el profesor pasaba á otro alumno para contener á los revoltosos, á quien sus gracias habían soliviantado, Zurita se quedó meditando con amargura. Lo que él sentía era tener que juzgar de modo poco favorable á una eminencia como aquella de los anteojos. ¡Cuántas veces, allá en Valencia, había saboreado los libros de aquel sabio, leyéndolos entre líneas, penetrando hasta la médula de su pensamiento!

Tal vez no había cinco españoles que hubieran hecho lo mismo. ¡Y ahora la eminencia, sin conocerle, se burlaba de él porque te-

nía la voz debil y porque había estudiado en Valencia, y porque se llamaba Aquiles, por culpa de su señor padre, que había sido amanuense de Hermosilla!»

Ahí tienen ustedes el robo. Fácil es ver que Zurita se parece á Carlos Bovary como una gota á otra gota, ó como un huevo á una castaña. Vayan comparando circunstancias con circunstancias, situación con situación, propósito con propósito, y... resultará que el único parecido está en las bolas de papel.

Pero, venga acá el Sr. Bonafoux: ¿no ha visto el pasajes análogos al de Zurita y al de madame Bovary en obras anteriores á una y á otra? Esto de reirse los estudiantes de un novato ¿no es cosa antigua en las letras y en la realidad? Zurita no es novato en rigor, pues en nuestras Universidades á ningun estudiante de un doctorado se le considera como tal, venga de donde venga; y si se rien de Zurita es por el contraste de su nombre heroico con su figura, y por las gracias, histórica alguna, del catedrático.

Pero de todos modos, si Flaubert me inspiró á mi (que no hay tal cosa), ¿no pudo inspirarle á él, ó á los dos. Quevedo, v. gr., en el cap. V. de *El gran Tacaño*: «De la entrada de Alcalá, patente y burlas que me hicieron por nuevo?»

Cierto que los estudiantes de la Complutense no arrojaban sobre la persona del mísero Pablo bolitas de papel, pero si algo blanco y que tambien se pegaba al cuerpo como la bolas de Bovary, y que había que limpiar ó enjugar tambien.

¿Dirá por esto nadie que Flaubert tomó su escena de Quevedo? No, es claro; pues yo tampoco. Ni de Quevedo ni de Flaubert.

Tomélo todo de lo que vi y de lo que añadí imaginando y componiendo. Mi *Aquiles Zurita* es un caballero tan honrado como sencillo, que vive, y no lejos de mi, y no puedo nombrarle por mil razones; esto poco puedo decirlo porque supongo que él no leerá papeles míos de *vaga* y *amena* literatura; pero dar mas señas es ilícito. El profesor de mi cuento existió tambien, y el chiste, ó lo que sea, de «lo que es conocimiento en Valencia,» es rigurosamente histórico. Por lo demás, mi *Zurita* tiene por objeto pintar dos clases de filósofos de escalera abajo, dos *ebionitas* de la filosofía krausista-española, por decirlo así. ¡Bien pensaba yo en Carlos Bovary al retratar mi catedrático de Psicología, Lógica y Ética! Dados el carácter y la vida y obras de Zurita, el comenzar su historia presentándole en cátedra, era lógico; la perspectiva ideal lo aconsejaba; Carlos Bovary podía haberse aparecido al lector, lo mismo que en una clase de latin ó lo que fuera, en cualquier otro escenario; en adelante, nada tendrá que ver con la enseñanza, ni con la ciencia, ni con nada de eso. Carlos Bovary, *per se*, no se parece absolutamente en nada en toda la novela á Zurita; *per accidens*, se parece lo poquísimo que se parezca, si eso es parecerse, en lo que ustedes han visto.

Y ahora, Sr. Bonafoux: ¿que se le figurará á usted que pienso

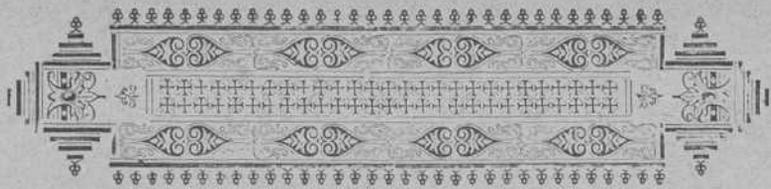
yo de un hombre que me acusa de plagiario, y me cita escenas, situaciones y personajes que yo he tomado de la realidad, y me los hace sacar de escenas, situaciones y personajes que, nada unos, y casi nada otros, se parecen à los míos? ¿Y qué pensaré de quien me acusa de haber copiado páginas de un libro que se publicó un año después que aquel en que yo copio?

(CONTINUARÁ)

LEOPOLDO ALAS

(CLARIN).





DISCURSO

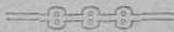
PRONUNCIADO EN EL TEATRO DE VITORIA, EL DIA 23 DE ABRIL DE 1888,

POR

D. Julian Apraiz,

en conmemoracion del aniversario 272 de
la muerte de

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.



SEÑORAS Y SEÑORES:

La Academia cervántica española, el Ateneo científico, literario y artístico de Vitoria y el elemento militar de la Ciudad conmemoran con este festival solemnisimo, realizado y embellecido por una lucida representacion del sexo femenino, el aniversario 272 de la muerte del más peregrino de los ingenios españoles Miguel de Cervantes Saavedra. Mas la critica escéptica, que en todas partes se la encuentra, hará acudir tal vez á los labios de algunos de los que teneis la dignacion de escucharme en estos momentos las siguientes preguntas: ¿Qué mérito extraordinario encierran la vida y obras de ese pobre militar lisiado, de ese humilde novelador, de ese mísero Adán de los poetas, como él mismo se apellidaba, para tanta bambolla y aparato? y dado que reconozcamos sus relevantes merecimientos, pase que la antigua Compluto y la capital de España, lugares de su nacimiento y muerte, y aun si se quiere la gran ciudad del Pisuerga, la antigua corte castellana, juntamente con las perlas andaluzas Sevilla, Cadiz, Málaga y Granada y otras poblaciones por el estilo, en desagravio de su ingrata hospitalidad, nada tiene de extraño, direis, que en tal dia como hoy

consagren á Cervantes tal cual oracion fúnebre, tejiéndole guirnaldas de siemprevivas y aun coronas de laurel.

Pero el país vasco, jamás visitado por ese errante viajero, conocedor de casi todas las regiones de las dos Hesperias y aun de parte del Setentrion arenoso del Africa, la tierra de los euskaldunas, presentada segun es fama propagada por ilustres cervantistas al escarnio y chácota de los siglos, ora con burlescos remedos de su bárbaro lenguaje, ora con grotescas situaciones producidas por el caracter atrabiliario y tereco de sus habitantes, ora elevando el tono á amargas quejas, censuras agrias y mordaces sátiras contra las adulaciones rastreras de los vascongados, propias para desvanecer á los poderosos y acaparar los más pingües destinos de la generosa nacion española; estos alaveses, guipuzcoanos y vizcaínos ¿què tienen que ver con el nobilísimo soldado castellano, sino motivos mutuos de mortificacion y alejamiento?

¿Y no habrá todavía alguno de vosotros que en este momento esté pensando en lo inadecuado, inoportuno y aun inserto de que el bello sexo tome parte en esta velada y las austeras virtudes femeninas concurren á la apoteosis del desenfadado pintor de las Molineras y las Tolosas, las Maritornes y las Claudias, las Cristinas y las Brígidas y otras mil sabandijas humanas, de cuyo trato es lícito suponer participase el mismo artista, cuando tan bien las conocia?

¡Ah, señores, no creais que este bosquejo que, en forma de hipotético interrogatorio acabo de trazar, es un mero artificio retórico, ideado con el fin de interesaros en el asunto que voy á desarrollar, por encargo de esta Junta organizadora del festival que aquí nos congrega! No. La lealtad, que es siempre mi norte, me obliga á declararos que todo eso y mucho más se ha dicho en desdoro de nuestro Miguel y en desprestigio indirecto del acto tan justo como solemne que ahora realizamos.

Pero, señores, es tan burdo, tan destituido de fundamento y se halla tan triturado todo lo que el error y la malicia han fraguado contra Cervantes, que no me tomaré el trabajo de examinarlo. Por otra parte, de las prolijas investigaciones de los Mayans, Ríos, Pellicer, Navarrete, Aribau, Benjumea, Morán, Tubino, doctor Thebussem, Mainez, etc., etc., ha resultado, sobre todo en lo concerniente á la honra del manco de Lepanto, que ésta ha quedado tan immaculada, tan limpia y esplendorosa como el refulgente sol de mediodía.

Corramos, pues, un velo sobre las injustas enemistades de Blanco de Paz, Fr. Luis de Aliaga y el encaretado Avellaneda, y sobre las ingratitudes, reticencias y alusiones despectivas de Lope, los Argensolas, Góngora, Villegas, Alarcon, pseudo Andrés Perez etc., etc., hijas despues de todo de la humilde posicion social del pobre Saavedra; así como sobre las erróneas censuras posteriores de los dos Zavaletas. Mas creedme que si con verdadero placer

me aparto de estas odiosidades, con sincero sentimiento he de prescindir tambien de entrar en el análisis de las obras cervánticas, por no permitirlo el escaso tiempo de que dispongo; limitándome á hacer constar en este punto que hoy la crítica no vacila en afirmar que en todas ellas brilla el destello del génio: en cuanto al incomparable «Don Quijote de la Mancha» todo el mundo lo considera como una de las mejores obras del humano ingenio é indudablemente como el más acabado de los libros de amenidad y entretenimiento; de suerte, que ampliando un tanto el delicado pensamiento de un crítico extranjero (Sismondi) me atrevo á aseguráros «que para los que han leído el «Quijote» todo lo que de él se diga es pálido: en cuanto á los que no lo conocen, hay que envidiarlos, pues aun les falta experimentar uno de los más grandes placeres de la vida.»

Y siendo esto así ¿qué de extraño tiene que celebremos hoy tan notable aniversario, cuando una efeméride como esta es una fiesta nacional en Inglaterra en honor de Sakespeare, en Italia por el Dante y en Alemania por Schiller y Goete?

Volviendo ya la vista á mi punto de partida, propóngome demostraros que el *Ejército Español, el País Vasco y la Mujer Cristiana* tienen motivos especiales para honrar la memoria de quien es verdaderamente una honra nacional: he aqui mi pensamiento. Para desarrollarlo, reduciré á las dimensiones de una breve y ordenada oración, lo que abarca extension é importancia suficiente para cien discursos, tratando dichos tres puntos con la sobriedad á que teneis derecho, para no abusar de vuestra probada benevolencia y cortesía, que bien las necesito, siendo en cierto modo á ellas acreedor, siquiera por lo angustioso y apremiante del plazo de que he dispuesto para este cometido.

Todos conoceis perfectamente el hecho culminante de las empresas militares de Cervantes: ante él, en efecto, palidecen y se eclipsan todos los demás encuentros de mar y tierra en que tomó parte en su azarosa vida de soldado, que duró 13 años (incluyendo los cinco de su cautiverio,) desde su alistamiento, á las órdenes del general romano Marco Antonio Colonna, en 1569, hasta despues de las empresas de Portugal y las islas Terceras, en 1582. El hecho á que me refiero está en los labios de todos; es la batalla de Lepanto, *la más alta ocasion*, como con legitimo orgullo decia el pobre manco, *que han visto los siglos pasados y presentes y esperan ver los venideros*. Por algo, señores, se ha dicho que hablar de Cervantes es hablar de Lepanto. ¡Oh, quién poseyera en estos momentos la lira de oro del divino Herrera, para cantar con él *al Señor que en la llamira—venció del ancho mar al trace fiero!* ó ¿quién pudiera si no tomar sus colores en la mágica paleta del mismo Cervantes, que con tal maestría pintó en sus obras algunos combates navales, para describir ese terrible choque de dos armadas poderosísimas, que produjo la muerte de más de treinta mil combatientes y cuyo

resultado fué el triunfo completo de la Cruz sobre la media Luna? Baste decir que Cervantes, que á la sazón (7 de Octubre de 1571) frisaba en los 24 años, formaba parte de la dotación de la galera Marquesa, la cual se vió tan comprometida, que, despues de perder muchos hombres y á su mismo capitán Francisco San Pedro, necesitó el auxilio directo del mismo rayo de la guerra el Marqués de Santa Cruz. Cervantes peleó con sin igual bravura y denuedo, sacando dos balazos en el pecho y uno en la mano izquierda, de cuyas consecuencias quedó estropeado de dicho brazo, despues de pronunciar aquellas sublimes palabras, en contestación á su capitán y compañeros que le disuadian de que tomase parte en la lucha por hallarse atacado de calenturas: «más vale pelear en servicio de Dios y de S. M., y morir por ellos, que bajarme so cubierta.»

¿Quién no conoce igualmente el cautiverio de Cervantes en Argel por el apresamiento de la galera Sol en que regresaba á España en Setiembre de 1575? sus extraordinarias tentativas para salvarse con sus compañeros, los grandes riesgos en que por esta causa se viera muchas veces, su arrojo, generosidad y proceder magnánimo durante los cinco años de su prisión, hasta que fué rescatado por el nobilísimo fray Juan Gil, á nombre de los religiosos Trinitarios, son asunto digno de la trompa épica.

Ved, pues, si este soldado valentísimo, no por oscuro menos heroico, y que á esta circunstancia y á la de ser un eminente literato reúne la de enaltecer á cada paso la honrosa profesion de las armas, merece que el Ejército español, tan pundonoroso como ilustrado, se asocie á los admiradores del *manco sano y regocijo de las musas*, á fin de tributarle toda suerte de homenajes, como lo hace la guarnición de Vitoria, en esta noche, luciendo sus uniformes y galas militares, y, lo que es más, poniendo á contribución sus músicas, sus aficionados á las representaciones escénicas, sus fáciles poetas y concienzudos escritores.

He afirmado tambien que el culto y devoción de las provincias vascongadas en general (y el especial de Vitoria al conmemorar anualmente esta simpática efeméride desde 1872) hacia la persona del inclito alcalaino tiene su justificación en las tiernas y cariñosas demostraciones que constantemente dispensó este varón esclarecido á los hijos de la Euskalerría; y esta verdad se hace tan obvia y palpable á los que hayan leído todas las obras de Cervantes, que sólo se conciben las erradas opiniones contrarias de los ilustres cervantistas D. Juan Antonio Pellicer, D. Diego Clemencin y D. Aureliano Fernandez Guerra teniendo en cuenta su preterición de ciertos pasajes de aquellas en que explicita y terminantemente se encomian los hijos ilustres, las aptitudes brillantes y las costumbres virtuosas de la Euskaria, interpretando malamente otros pasajes festivos, inocentes unos, encomiásticos otros y favorables todos en conjunto. Como en otras ocasiones he tratado por extenso este punto, no temais, señores, que vaya á reproducir ahora

las cien páginas que sobre el vascofilismo de Cervantes tengo impresas, pues lo considero de todo punto innecesario, prometiéndome llevar á vuestro ánimo el firmísimo convencimiento que abrigo con algunas breves pero concluyentes reflexiones.

El rasgo satírico ó irónico que Pellicer y Clemencin encuentran en la Segunda parte del *Quijote*, suponiendo que en las palabras dirigidas por Sancho á uno de sus súbditos de la insula Barataria « con la añadidura de vizcaino podeis ser Secretario del mismo Emperador » y « como buen secretario y como buen vizcaino podeis añadir lo que quisiéredes etc » se encierra una oculta censura á la impericia de los vascongados para escribir en castellano; contesta el mismo Cervantes de dos modos: 1.º con un terceto del *Viaje del Parnaso* (escrito al mismo tiempo que el tomo segundo del *Quijote*) en que, presentando en escena al dios Mercurio con una lista de los *buenos* poetas, dice:

Sacó un papel, y en él casi infinitos
Nombres ví de poetas en que habia
Yangüeses, vizcainos y coritos:
Allí famosos ví de Andalucía
Y entre los castellanos ví unos hombres
En quien vive de asiento la poesia.

Por cierto, que de los poetas vascos que contenia aquella lista solo conocemos hoy á D. Juan de Jáuregui, su íntimo amigo: el que no lo fué menos D. Alonso de Ercilla, militar, poeta y desgraciado como Cervantes, no es aquí citado por haber ya muerto; pero si lo es con encomio en otras obras. El segundo modo con que el mismo Cervantes quita todo caracter irónico á las frases del buen Panza, es escribiendo unos versos encomiásticos, para publicarse en la *Direccion de Secretarios* del hijo de Orduña Gabriel Perez del Barrio Angulo, que comienzan asi:

Tal Secretario formais,
Gabriel, en vuestros escritos
Que por siglos infinitos
En él os eternizais.

Precisamente esta composicion (Madrid 1613) se publicó tambien cuando tenia Mignel en sus manos la segunda parte del *Quijote*. Tampoco Fernandez Guerra prueba, ni remotamente, que Cervantes se condoliese con amargura del irritante monopolio de los vascos para los cargos públicos; y claro está que no podia tener celos de ninguna clase de que el gran Carlos V,—otro apasionado vascofilo—tuviese en la gran estima, que los historiadores admiran, á su ilustre Secretario vizcaino Martin de Gaztelu, á quien indudablemente alude en el pasaje citado nuestro Cervantes, refiriéndose á una época en que aun él no habia venido al mundo.

En fin, yo os aseguro, bajo mi palabra, que no hay un solo pasaje en las obras Cervantescas en que aparezca ni á cien leguas la supuesta ojeriza del autor de las mismas hacia los vascos; y antes al

contrario el trato frecuente que tuvo con muchos hijos de estas montañas, de todas clases y categorías, y en especial con su grande amigo y próximo pariente (según reciente descubrimiento) el benemérito historiador Esteban de Garibay y Zamalloa, hijo de la cercana villa de Mondragón, no solo le hizo aprender muchas palabras del vasconce, sino aficionarse, para regocijo de todos sus lectores y más aun de nosotros mismos que lo entendemos mejor, á ese graciosísimo remedo de las clases inferiores de nuestra tierra cuando chapurrean la lengua que hoy por antonomasia llamamos de Cervantes; encariñándose éste sobre todo con las virtudes y costumbres de *la nación vizcaína, tan puntual y bien mirada*, según sus propias expresiones de *La Señora Cornelia*; obrita suficiente por sí sola para echar por tierra definitivamente todo cuanto pueda imaginarse sobre el supuesto anti-vizcainismo cervántico, pues en ella se exhala tal perfume de gratitud y delicadas atenciones hacia nuestro país, que no parece sino que los simpáticos jóvenes vascongados D. Juan de Gamboa y D. Antonio de Isunza eran verdaderos seres de carne y hueso que dulcificaron con algunas horas de solaz y esparcimiento los eternos días de angustias y zozobras del más ilustre juguete de la ciega fortuna.

Dignaos asistir conmigo al último cuadro que voy á presentaros, y perdonadme si no llevo este discurso con toda la celeridad que ardientemente deseo.

¡Cuántas veces ha salido á la estampa la descripción de la casa habitada por Cervantes frente al Rastro, en Valladolid, en el año celeberrimo en los fastos literarios por la publicación del Quijote, que se contaba el quinto en el siglo décimo séptimo. Un acontecimiento desgraciado, la muerte del galanteador caballero D. Gaspar de Ezpeleta, herido en riña nocturna á las puertas de aquella misma casa, si produjo lágrimas y disgustos y pudo por ello entregarse la honra de aquella ejemplar familia al pasto de la maledicencia pública, en los momentos mismos en que una mina de oro se abría á los pies de los mercaderes de libros con la quijotesca Historia, que solo redituaba para su autor algunos miserables maravedises, ha dejado en cambio para la posteridad (merced al proceso completo que se custodia en la Academia de la Historia), descubierto á la luz del día un hogar tan puro, tan lleno de virtudes de todo género, que al acercarse hay que descubrir la cabeza y al penetrar en él, casi se siente uno tentado á postrarse de rodillas como en un templo. Yo podría describiros aquí como lo ha hecho un Cervantista en estos días, el mobiliario aproximado de la vivienda; pero figuraos el ajuar más pobre de la más humilde casa de la clase media y tendréis hecha la pintura deseada; añadiendo, como figuras del cuadro, un anciano, no tanto por los años, pues aun no había cumplido los 58, como por sus muchos sufrimientos, su esposa y dos hermanas de mediana edad, una hija de Miguel y otra de una de sus hermanas, con una joven sirvienta: total, siete personas.

Pues bien, contemplad ahora á esas cinco mujeres cansándose la vista día y noche y enrojeciéndose los párpados en el humilde oficio de costureras, ocultando todas sus privaciones y animando al jefe de la familia, quien lleno á su vez de cariñosa solicitud, despues de trabajar tambien en la profesion que hoy podriamos llamar de memorialista, no consiente que aquellas señoras desciendan á ciertas groseras faenas y menesteres domésticos y exige la ayuda de una criada, aunque la partida de este gasto haya que tomarla del alimento cotidiano: de este modo el orden el sosiego y la paz de la casa de Cervantes ocultan en el fondo una gran escasez con todos sus rigores, siquiera sean mitigados por la más acendrada resignacion cristiana. Reflexionad despues sobre la elocuencia del hecho de que una señora como D.^a Catalina Palacios Salazar admita en el hogar del matrimonio á la niña Isabel, que, aun cuando algunos han supuesto piadosamente ser simplemente una huérfana recogida por la caridad, lleva al fin y al cabo el apellido de Saavedra; añadid á este hecho la consideracion de que esta señora durante treinta años y cuatro meses es el angel de consuelo de su esposo y convenid conmigo en que no es aventurado asegurar que hallaria exacta correspondencia y virtudes domésticas extraordinarias en aquel genio siempre abatido por los reveses del infortunio. Ved, tambien, con qué ardiente caridad salta del lecho á una simple llamada de su vecino y pariente el sacerdote D. Luis de Garibay, para socorrer los dos juntos al mal herido Ezpeleta, y la asiduidad y abnegacion con que Magdalena, la virtuosa hermana menor de Miguel, asiste y conforta en sus últimas horas al malogrado doncel navarro.

¿Cuál, pues, no seria el prestigio de aquel varon excelso y cuál el respeto y amor de aquellas señoras hácia el cabeza de familia cuando este pudo conciliar cosas tan inconciliables en la vida como dos cuñadas, una sobrina y una hija natural, protegidas y amparadas bajo el mismo techo por la austera virtud y poderosa égida de Miguel y Catalina? El respeto, el fervor y la admiracion más respetuosa sobrecogen mi ánimo, como creo que se apoderarán de vosotros al contemplar este cuadro de sublimidad que infunde santa veneracion y asombro. Verdad es que no otra cosa habia aprendido Cervantes de su santa madre D.^a Leonor de Cortinas, al sacrificar todo su reposo y bienestar por el rescate de sus hijos Rodrigo y Miguel, á cuyos dispendios contribuyera tambien la hermana Andrea, recojida ahora, ya viuda, juntamente con su hija, en justa reciprocidad fraternal.

Fijaos por último en el aroma de honestidad y culto platónico de Cervantes hácia la mujer y convendreis conmigo en que si alguna pintura ó alguna expresion de las obras cervantescas discuerda de la delicadeza de forma que generalmente domina en nuestros días es todo completamente debido al uso corriente en aquel tiempo, en el que sin

vacilar podemos colocar á Cervantes como el más casto de todos los novelistas contemporáneos; manifestando él mismo tal empeño y decision en punto á moralidad que con profunda conviccion y limpieza de sentimientos y con toda solemnidad asegura en sus *Ejemplares* «que si por algun modo alcanzara que la leccion de estas novelas pudiera inducir á quien las leyere á algun mal deseo ópensamiento, antes me cortara la mano con que las escribi que sacarlas en público.»

Ahora bien, respetables señoras mias, y en especial las vascongadas, que hace cerca de trescientos años habeis merecido respetuosos saludos de Cervantes, principalmente al calificar de loable la costumbre de los hijos de este pais, de venir, aunque sea de lejanas tierras, á casarse con sus paisanas, ¿no os parece que tenía yo razon al anunciaros que la vida íntima de Cervantes el *cristiano ingenio*, segun frase de su mismo tiempo, tenía algo que os tocaba muy de cerca? ¿No es verdad que interesa sobre manera á la mujer cristiana todo lo que se refiera á la dignificacion y santidad del hogar?

Aquí pudiera y tal vez debiera concluir; pero os ruego, señores, que deis un paso más en el calvario de Cervantes, acompañándome hasta su lecho de muerte y despues hasta su tumba, que siendo el epílogo de su vida lo será tambien de esta desmayada peroracion. Han pasado once años y estamos en Madrid en una casa de la calle de Leon por el estilo de la de Valladolid: allí vereis que el valeroso soldado de Lepanto, el heróico prisionero de Argel, el hombre toda su vida magnánimo aparece ahora sublime, conservando toda la integridad de sus facultades, toda la energía de su inteligencia, todo el gracejo y buen humor que ni aun en este trance le abandonaron y esa constante gratitud en él característica ante beneficios insignificantes para sus merecimientos. El que lea su carta al arzobispo de Toledo, su Prólogo del *Persiles* y la dedicatoria al conde de Lemos, documentos escritos en los últimos dias de su vida, hallará completamente comprobado este aserto: sobre todo esa tan conocida carta dedicatoria á su Mecenaz es de lo más hermoso y original que puede presentarse, y no resisto á la tentacion de recordarla. Dice así: «Aquellas coplas antiguas que fueron en su tiempo celebradas que comienzan: *Puesto ya el pié en el estribo*, quisiera no vinieran tan á pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar diciendo:

Puesto ya el pié en el estribo,
Con las ansias de la muerte
Gran señor esta te escribo.

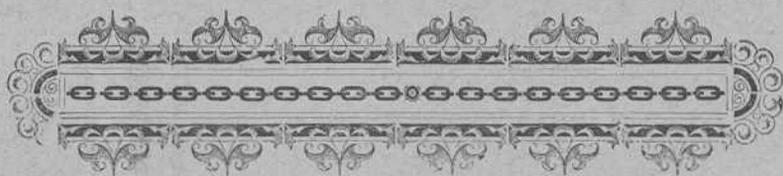
Ayer me dieron la extrema-uncion y hoy escribo ésta: el tiempo es breve; las ansias crecen; las esperanzas menguan etc.» y así va extendiéndose, sin mas objeto que dar la bienvenida á su protector y manifestarle su gratitud hasta *mas allá de la muerte*, segun sus propias palabras.

Cuatro días después, el sábado 23 de Abril de 1616, abriáanse de par en par las puertas de la iglesia del convento de Trinitarias en la Calle de Cantarranas, para que pasase un féretro que traían en hombros cuatro hermanos de la Orden Tercera. El cuerpo que en él venía estaba amortajado con el mismo sayal, como que además de ser esclavo del Santísimo Sacramento había ya profesado el difunto en dicha religión en agradecimiento á los que tomaron parte decisiva en su rescate de Argel.

Por todas estas señas, y aunque el rostro se halla hinchado por la hidropesía y desfigurado por la muerte, sabéis que aquel cadáver representaba los restos mortales del insigne soldado de Lepanto y el más insigne de los escritores patrios, que algunas horas antes había entregado su espíritu al Creador con la sonrisa del justo. Pero ¡oh Cervantes! si el veintitres de Abril de mil seiscientos diez y seis pudieron creer los transeuntes y curiosos de Madrid que tropezaron al acaso desde la calle de Leon á la de Cantarranas con vuestro piadoso cortejo que la losa del sepulcro iba á hacer olvidar para siempre una existencia extinta; el veintitres de Abril de mil ochocientos ochenta y ocho atestigua y patentiza que aquel día entrasteis en el templo de la inmortalidad, y que vuestras admirables obras literarias y principalmente el *D. Quijote de la Mancha*, reproducidas por millones de volúmenes en todas las lenguas de la tierra, son el pedestal grandioso de vuestra excelsitud y gloria inextinguible.

HE DICHO.

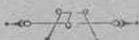




DISCURSO

leído en la apertura de cátedras del
ATENEO DE VITORIA
(curso de 1886 á 1887) por su presidente

D. Eduardo de Velasco y Lopez Cano.



(CONTINUACIÓN.)

En Roma, á semejanza de lo que hemos visto en Atenas, el derecho de propiedad aparece unido á la religion doméstica, á los dioses del hogar, que velan por la salud y la prosperidad de la familia: una ley romana fijaba el límete que debía separar una casa de otra en dos pies y medio de terreno, espacio que había de permacer libre y estaba consagrado al dios de la cerca.

De allí que el respeto tributado á la propiedad, era un respeto religioso. Desprenderse un ciudadano del campo que le pertenecía, era como abandonar sus dioses y renegar de su culto. Por esto en los primitivos tiempos de la ciudad, eran sin duda desconocidas las transacciones sobre la propiedad inmueble: la Ley de las XII tablas reconoce ya el derecho de vender la tierra prohibiendo incluir en esa venta el sepulcro que en ella estaba situado. Después, y mediante una ceremonia religiosa, se permitió también dividir la propiedad. Si las leyes dificultaron la venta de la propiedad, impidieron que el ciudadano pudiese ser despojado de ella:

hasta el punto de que, según el autor citado, entre los antiguos era desconocida la expropiación por causa de utilidad pública, y tampoco se encuentra en el antiguo derecho de las ciudades la expropiación por deudas. En todo caso para perder el derecho de propiedad era preciso perder primero el de ciudadanía.

La práctica de estos principios tratándose de un pueblo que, como el de Roma experimentó tantos cambios, tantas revoluciones y tan varias contingencias, no pudo menos de sufrir también modificaciones que los alteraron y transformaron en las diversas épocas de su historia. Durante la primera, aparece el derecho de propiedad como procedente del Estado, constituido por la distribución y la venta del *ager publicus* entre el *populus* compuesto entonces exclusivamente de los patricios; y ese derecho de propiedad simbolizado en la lanza, revestido de las más sagradas fórmulas, es tan extenso tan fuerte y tan absoluto para el ciudadano romano, que lo comprende todo, la tierra, de que está en posesión, los esclavos que le pertenecen, la mujer, los hijos, todo aquello en fin sobre que ejerce señorío, y que se designa en general é indistintamente con el nombre de *cosa*: solo más tarde se llega á emplear este nombre entre los romanos en oposición al de *persona*. Reconocida la propiedad de las tierras como del Estado, el individuo solo tenía la posesión de una parte por la que pagaba á aquel un impuesto insignificante. Dícese que Rómulo asignó ya á cada ciudadano dos yugadas como propiedad trasmisible por herencia. Fuera de esto, los patricios disfrutaban además del aprovechamiento de las tierras conquistadas, como queda dicho. Cuando los plebeyos llegaron á tomar una parte en estas conquistas, contribuyendo con su esfuerzo al éxito de las mismas, hubo de reconocérseles el derecho al goce de lo conquistado: Servio Tulio les asignó suertes de terreno, de siete yugadas de extensión trasmisibles y enagenables, y libres del impuesto sobre la renta: pero inscritas en el censo y sujetas á cargas que jamás pesaron sobre el suelo poseído en común. (V. Ahrens Encic. Jur.) De aquí el origen de las revoluciones en Roma, porque la plebe que formaba el ejército con los patricios y con ellos contribuía á ensanchar y engrandecer el territorio de la ciudad, quería una porción igual en la posesión de las tierras conquistadas, cuya mayor y mejor parte se atribuían los patricios. Estas luchas se repitieron en Roma sin cesar, tomando diverso carácter á través del tiempo: pero en la esencia el derecho de propiedad no cambió, y la antigua raza plebeya casi se extinguió sin haber conseguido realizar sus propósitos: á las contiendas de la plebe y de la aristocracia sucedieron (como dice Sudre) las de las diversas clases de aristocracia

entre sí, las de los patricios contra los caballeros, las de los nobles contra los ricos. Y al fin, cuando despues de las sangrientas disensiones que cubrieron tantas veces de luto la ciudad de Rómulo, cuando las proscripciones, los asesinatos y confiscaciones cesaron, y el elemento popular consiguió fundar el imperio, y el derecho civil y las leyes romanas se extendieron á todos los países conocidos, la propiedad se manifestó sin limitaciones en los inmensos territorios poblados de esclavos pertenecientes á los grandes y dignatarios del imperio, y esa constitución de la propiedad en *latifundia* preparó la ruina de Italia y del Estado romano, que vino á ser presa de extranjeras gentes y á servir de base á la formación de otros pueblos.

A partir de este momento, tres elementos distintos vienen á informar la sociedad, y á determinar el nuevo rumbo de las instituciones: el derecho romano, el cristianismo, y las costumbres de los pueblos septentrionales. Estos tres elementos se encuentran, luchan, se confunden, se modifican recíprocamente y de su contacto resulta una nueva organización de la propiedad, que se conoce con el nombre de *sistema benefical* en la historia; sistema que trae consigo los primeros gérmenes del feudalismo.

A los antiguos patronos romanos poseedores de extensos territorios, suceden los *Señores* que se hacen dueños de las tierras por la fuerza de las armas. Despues de la conquista, el suelo se divide entre los vencedores como botin de guerra.

La propiedad de este, modifica las costumbres de los hombres del Norte, despertando en su corazón sentimientos y deseos que hasta entonces no experimentaran: la ambición de poseer aumenta en ellos con el disfrute de lo conquistado y el mas fuerte trata de apoderarse de la porción del mas débil para ensanchar así los límites de su patrimonio; el débil se recomienda al más fuerte para que le defienda y le ampare en la posesión á cambio de los servicios ó tributos que se obliga á prestarle en recompensa. Los reyes y príncipes por su parte, conceden la posesión de vastos dominios á sus guerreros en premio de su fidelidad en servirles y como *Beneficio* otorgado á sus méritos, á su valor y á su lealtad en la guerra. Con el trascurso del tiempo, estos beneficios personales se hacen hereditarios; la posesión se convierte en propiedad absoluta; el señorío de la tierra llega á ser un título político de autoridad casi ilimitada: el señor de vasallos se niega á reconocer superior en el Estado, y puede decirse que existen tantos estados, tantas soberanías, como Señores. El derecho de la fuerza impera en todas partes. He aquí ya el Feudalismo en toda su pujanza. Bajo este régimen la propiedad reviste un

caracter familiar que en cierto modo la inmoviliza, haciendo que sus derechos no puedan ser trasmisibles sino por herencia. Los títulos, los honores, los mismos cargos públicos van unidos á la propiedad de un feudo, están *enfeudados*, y su poseedor no puede transigir sobre un derecho consagrado por los lazos de la fidelidad, del homenaje, aunque por otra parte pueda abusar de ese derecho que hacen absoluto y omnímodo las leyes y costumbres de la época.

Este estado de cosas se mantiene en Europa hasta el siglo XVI en que la Reforma y el Renacimiento fomentando el estudio del Derecho romano, al paso que vienen á robustecer el poder real, contribuyen á emancipar la propiedad rompiendo los lazos de la gerarquía feudal, y preparando el libre movimiento individual que se acrecienta y progresa sin cesar durante la edad moderna.

La propiedad inmueble se ha puesto en el comercio de los hombres; el dominio del suelo se ha dividido y subdividido hasta los últimos límites mediante la abolición de leyes vinculadoras, por la distribución de herencia y la libre disposición del individuo para enagenar en vida cuanto le pertenece.

Los principios exajeradamente imperialistas que tomados del Derecho romano llegaron á alcanzar absoluta influencia en los tiempos de Luis XIV, y amenazaron convertirse con Robespierre, en absolutismo socialista, concluyeron al fin por dar paso á las prescripciones del Código civil francés, cuyo autor decía en la sesión del Consejo de Estado de 18 de Setiembre de 1809:

«La propiedad es inviolable. Napoleón mismo con los numerosos ejércitos que tiene á su disposición, no podría apoderarse de un campo. Porque violar el derecho de propiedad de uno solo es violar el de todos:»

La propiedad se constituye sobre la base de la personalidad, y el Código Napoleon encabeza su título II con estos párrafos:

«La propiedad es el derecho de gozar y disponer de las cosas del modo más absoluto, con tal que no se haga de ellas un uso prohibido por las leyes ó por los reglamentos.»

«Ninguno puede ser forzado á ceder su propiedad sino por causa de utilidad pública y previa una justa indemnización.»

«La propiedad de una cosa, sea mueble ó inmueble, da derecho sobre todo lo que produce y sobre todo lo que se le aumenta sea natural ó artificialmente.»

Los oradores del Consejo que presentaron este código al cuerpo legislativo despues de constituido el imperio, advertían que las reglas de equidad trasladadas á él de las instituciones del Derecho romano despojadas de sutilezas escolásticas, no eran otra cosa

que la expresion de las afecciones puestas por Dios en el corazon de los hombres; y que por lo tanto debian ser inmutables. Y respecto de las leyes sobre la familia y la propiedad, no estando en el Derecho romano ni en legislacion alguna fundadas sobre principios que las hiciesen independientes de las vicisitudes politicas que afligen á los pueblos debian informarse en sentimientos y en ideas del órden natural, que las hiciesen fuertes contra los cambios de gobierno, trastornos y revoluciones. Principios en que se había inspirado el legislador al redactar la obra referida.

Esta fué luego adoptada como ley en varios Estados, y vino á influir poderosamente en la formacion de los códigos que despues se dieron naciones diversas.

De esta suerte el feudalismo destruyendo el antiguo Imperio, la Reforma destruyendo el Feudalismo y fomentando el poder de los monarcas; la Revolucion francesa concluyendo con el absolutismo real, y el nuevo Imperio moderando los impetus de la Revolucion vinieron á dar en la Historia por resultado el actual órden de cosas.

(CONTINUARÁ.)

EDUARDO DE VELASCO.





Las pequeñas Causas.

La discusion que recientemente tuvo lugar entre el sabio director del Observatorio astronómico señor Merino, y el astrónomo de afición Noherlesoom, escitó poderosamente la atencion pública; creemos que nuestros lectores verán con gusto el siguiente artículo, tomado del Memorial de Ingenieros del ejército. Su ilustrado autor, el capitán Rubió coincide, como no podia menos, con las opiniones unánimes de las personas competentes; pocos dias hace el *Figaro* publicó una interesante conversacion (interview, como ahora se dice) de uno de sus redactores con el ilustre astrónomo y meteorologista Camilo Flammarion, que habiamos pensado traducir para la REVISTA pero como muchos periódicos españoles se han adelantado, hemos dado la preferencia al artículo de nuestro compañero, cuyas conclusiones son análogas á las del primero.

En una novela del célebre Julio Verne, titulada *El rayo verde*, para poner un personaje á otro en ridiculo aprieto, le invita á escribir una memoria sobre *la influencia de los instrumentos de viento en la formación de las tempestades*. La materia es escabrosa y la solucion difícil pero no puede negarse que en la mayoria de las ciencias, y principalmente en la meteorologia, á que se refiere este singular tema, las causas insignificantes tienen una importancia capital.

Un sin número de problemas mecánicos que fueron perfectamente resueltos en la mente de sus autores, su-

cumbieron ante pequeños rozamientos no calculados, ante leves resistencias no previstas. De todas las máquinas que debían estar dotadas de movimiento continuo y no marchan, de todos los aparatos que debían volar y no se mueven, la mayor parte no han tenido éxito por malditas pequeñas causas de error.

Si escuchamos á los geólogos crecerá á nuestros ojos la importancia de lo insignificante, pues por una parte nos enseñarán el trabajo lento, pero continuo, de los infusorios, que hace surgir islas en medio del Océano, ó nos presentarán la marcha invisible, pero poderosa, de los ventisqueros, que estrujan bajo su peso las montañas, ó con sus observaciones nos demostrarán, como ejemplo de integración notable, las estalactíticas pilastras de las grutas, debidas al acarreo de materiales efectuado por una gota de agua.

Los microorganismos de los naturalistas y de los médicos completarian el cuadro de la importancia de lo infinitamente pequeño, si los físicos no tuvieran, aún más allá, la molécula, como límite de lo divisible, el átomo, parte de lo no partible, y el éter, que, cual el elemento diferencial de los matemáticos, sirve de panacea universal para explicarlo y demostrarlo todo, enseñándonos á respetar las cosas independientemente de sus magnitudes.

Y hemos dicho que en la meteorología es donde se notaba más la influencia de las pequeñas causas, porque una de sus ramas más importantes, la *previsión del tiempo*, necesita tenerlas en cuenta todas, para que el éxito corone los resultados de sus teorías. Claro es que nos referimos aquí á la previsión á largo plazo, pues el anuncio de la marcha de un ciclón ó la indicación del tiempo probable en los días inmediatos, cuando ya los instrumentos acusan diferencias sensibles en las condiciones atmosféricas, más que previsión es una observación inteligente que, cuando los datos son completos, como sucede en los servicios organizados por algunos gobiernos, ó en el tan jus-

tamente reputado del *New-York Herald*, se convierte en un problema perfectamente racional, rigurosamente científico, y de verdadera utilidad práctica.

Pero el público, y aún más la prensa periódica, ha confundido de tal manera estas observaciones con la previsión à largo plazo, con el anuncio de tempestades y ciclones, hecho con muchos días, y à veces años, de anticipación, que hoy cualquier *astrónomo*, aunque no haya nacido en Zaragoza, se cree en el derecho de predecirnos con notable inexactitud todas las borrascas que en sus cálculos aparecen, ó de anunciarnos, con una firmeza que simboliza el triunfo de largos estudios, las nevadas del invierno y los calurosos días del mes de agosto. Considerada bajo este nuevo aspecto la cuestión, no tan sólo es ridícula hoy, sino que está destinada à serlo siempre.

En efecto, aunque fuera posible, en un momento dado, reunir datos exactos de las condiciones en que se hallaràn todos los lugares de la tierra en lo que à la meteorología se refiere; aunque resultàra cosa fácil determinar el influjo de las cordilleras, de los ríos, de los mares, en todos los fenómenos de la atmósfera; aunque llegàran à ser conocidas por completo todas las leyes que rigen estos mismos fenómenos, sería imposible determinar y fijar el ciclo de las variaciones atmosféricas, pues las causas accidentales lo alterarían de continuo profundamente: un bosque incendiado, determinando una corriente de aire violenta, puede destruir de una manera notable el equilibrio de las masas de aire próximas; un pararrayos, contribuyendo à la descarga lenta de una nube, puede variar la marcha de una tempestad; un cambio de cultivo, es susceptible de alterar las condiciones higrométricas de una comarca; el dejar helar la nieve sobre una ciudad ó arrojarla à un río, como se efectúa en las grandes poblaciones, puede originar cambios sensibles en el curso de los fenómenos atmosféricos de una zona.

Semejantes causas que se multiplicarían hasta el infinito

teniendo en cuenta todos los lugares de la tierra, adquieren en conjunto grande importancia, aunque aisladamente carezcan de ella, y por esto, aún suponiendo conocidos todos los datos del problema, no se puede predecir la solución, como análogamente, aún sabiendo la posición inicial, peso, volumen, etcétera, etc., de las bolas de una urna y el número de vueltas que ha de dar ésta, no se puede fijar cuál será la premiada. No es que sea una *casualidad* la salida de tal ó cual bola: ésta, supuesto un número de vueltas fijo, habrá llegado á la posición necesaria para salir al abrirse la urna, en virtud de las leyes de la mecánica; y del mismo modo, tampoco podrá considerarse como una casualidad el que, en un día determinado, haga en una comarca buen ó mal tiempo. Será un hecho fatal completamente sujeto á las leyes de la física, como la bola salía premiada en virtud de las de la mecánica; pero en ambos casos las pequeñas causas tienen tan grande influencia, que el cálculo, no pudiendo abarcarlas todas, no intenta resolver el problema, cuya explicación queda encomendada al azar.

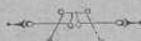
Abandonada la cuestión por el cálculo, surge, ó bien la cábala desprovista como todas de sentido, ó aparece la casualidad, acomodaticia palabra que con razón se ha dicho que en la mayoría de los casos significa la ignorancia de las causas. De aquí que el problema de la previsión del tiempo á largo plazo, de la determinación del ciclo de las variaciones atmosféricas, gire entre dos polos bien señalados: por un lado el *Dios sobre todo* con que termina el «Juicio del año» en todos los calendarios; por el opuesto, la necesidad científica expresada, siquiera fuese de una manera bufa, por el personaje de *El rayo verde*, al pedir la explicación de la influencia de los instrumentos de viento en la formación de las tempestades.

MARIANO RUBIÓ.





Crónica local.



La velada del Ateneo.

Notabilísima, por todos conceptos fué la celebrada por este Centro de la instruccion, en la noche del sábado 7 del actual. Concurrencia como pocas veces se ha visto. Bellas y distinguidas damas y señoritas, daban con sus encantos y sus inefables sonrisas, un aspecto embriagador al Salon de Actos públicos del Instituto, que bien podía estar orgulloso de encerrar en su seno tanta discrecion y radiante hermosura, y que era exiguo para dar cabida á las personas de todas las clases de la sociedad que todavía se agolpaban á las puertas del local. Había representaciones del ejército, de la Magistratura, de la aristocracia, del comercio, de la prensa, todo, en fin, lo que Vitoria encierra de culto é inteligente y amante de las letras y de las artes.

La Comision de Sres. socios, encargada de recibir á las señoras, cumplió su cometido á maravilla, con la correcta galanteria á que nos tiene acostumbrados la juventud dorada de Vitoria.

A las nueve en punto dió principio la velada, con arreglo al programa que profusamente había circulado, ejecutando el sexteto que dirige el reputado maestro, D. Nicanor Urrutia la sinfonia de Pedrotti, *Tuti in maschera*, que se oyó con sumo agrado y mereció los espontáneos aplausos de la concurrencia.

Tocóle el turno á la poesia y esta halló excelentes representantes en los Sres. A. del Campo, que leyó, con frase sentida un *Canto á la mujer*, inspirado y bello, en todos modos; D. Herminio Madinaveitia, esperanza del Parnaso alavés, *Las golondrinas*, dulce y melancólica composicion, im-

pregnada de ternura y sentimiento humanos; un Sr. socio dió lectura á una poesía, *Delirios*, de D. José Ramírez de la Piscina, como todas las suyas quejumbrosa y abundante en levantados pensamientos. Los Sres. Urrutia, Fresco y Espada, del sexteto, ejecutaron, con gran gusto y delicadeza el trio de Wagner, *Puritain*, para flauta, violin y piano, siendo calurosamente aplaudidos.

Sueños se titulaba la preciosa composicion, dicha por la Srta. D.^a Concepcion Lopez de Arróyabe, con dulce y sentida entonacion que cautivó á la concurrencia, la cual la colmó de aplausos entusiastas.

Don César Calle, distinguido poeta, bien conocido por sus poesias y otros trabajos literarios en diferentes publicaciones y por sus lecturas en el Ateneo, leyó su composicion *La Felicidad*, con el vigor y delicadeza de inflexiones con que sabe dar vida y brillantez á cuanto lee, ya original suyo ya de otros autores. A continuacion, se dió lectura de una poesía original del Presidente del Ateneo D. José M.^a Caballero y Villar, discreta y pulida como todo lo que sale de su imaginacion. Dió fin esta primera parte con una brillante Fantasia sobre motivos de *El Trovador*, (Verdi) del Sr. Urrutia, por el Sexteto que este Sr. dirige siendo repetidamente aplaudido.

La banda del Batallon de Cazadores de Madrid, amenizó todos los intermedios tocando escojidas piezas, con el gusto que siempre la ha distinguido.

Abrió la segunda parte de la velada el Sexteto de Urrutia, tocando admirablemente la Pavana *Luisito* del Maestro Zabalza, y á seguido leyeron poesias los Sres. D. H. Madinaveitia, D. César Calle y D. A. del Campo, todos con el gusto necesario para hacer resaltar las bellezas que aquellas encerraban.

Tocó el turno á los Sres. Urrutia, Fresco y Espada, que, con la misma precision y maestría que el anterior ejecutaron el trio de Miné *Le Chalel*, obra 70, arrancando unánimes palmadas.

A la luz del crepúsculo era el titulo de la linda poesía leída por la ilustrada Sta. D.^a Concepcion Lopez de Arroyabe, que, como otras veces demostró la posesion en que esta del gusto de lo bello y lo maravillosamente que sabe amoldar las inflexiones de su voz á los distintos tonos de la poesía, para dar á esta el relieve y los matices que la hacen cautivar al auditorio. Este la aplaudió frenéticamente y nosotros á riesgo de herir su modestia la enviamos nuestros plácemes sinceros. Dióse luego lectura á *Hojas secas* composicion del inspirado vate, D. José Ramírez de la Piscina, que agradó por su asunto y entonacion; el Sr. D. A. del Campo recitó la suya, *El Agi-mez de la sangre*, y cerró la velada el Sexteto con la Gran Marcha de *El Profeta* de Meyerber, que fué escuchada con visibles señales de agrado y coronada su ejecucion de aplausos.

La concurrencia salió agradabilisimamente impresionada diciéndose que

el Ateneo de Vitoria ha dado brillante muestra de los elementos con que cuenta, y haciendo votos porque estas solemnidades se repitan con frecuencia, votos á que, como verán nuestros lectores, se han visto cumplidos con la celebracion de la

Velada en honor de Cervantes.

El Ateneo de Vitoria, deseando rendir un tributo de admiracion al Príncipe de los Ingenios españoles, al insigne manco de Lepanto, inmortal autor del *Ingenioso Hidalgo, Don Quijote de la Mancha*, organizó, con el concurso de la Academia Cervántica Española, una como hermana menor de aquel centro de ilustracion, una velada, que tuvo lugar en el Teatro la noche del Lunes 23 de Abril, aniversario de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra.

Lo valioso de los elementos de tan ilustrados Cuerpos, á los que se agregaron otros, artísticos y literarios de fuera de su seno, y lo variado y escogido de las materias que formaban el extenso programa de la velada, hicieron que con gran antelacion fuesen con empeño solicitados los billetes de invitacion para las diferentes localidades de nuestro Coliseo, los cuales, en la referida noche, se hallaban materialmente cuajados de esplendentes bellezas y discretísimas damas, viéndose tambien dignamente representadas las clases y armas del Ejército, la clase media, el pueblo y la tropa, con no escaso contingente de la juventud escolar, todos ansiosos de disfrutar de un espectáculo que, desde luego podía asegurarse habia, por todos conceptos de ser notabilísimo.

Dió comienzo éste con la Sinfonía á telon corrido, de PARAGUPE *de Suppe* por la brillante banda del Batallon de Cazadores de Madrid que dirige D. Teodoro Romero, cedida para este acto, por el Teniente Coronel, Sr. Izquierdo. Los aplausos con que á la conclusion de la Sinfonía premió el público su ejecucion, probarán mejor que todo el gusto y maestría con que fué interpretada.

Seguidamente principiò la sesion Cervántica, presentándose los sócios de esta y algunos del Ateneo, en severo y correcto órden, leyendo el señor Secretario, D. Herminio Madinaveitia, el acta de la sesion anterior, y Don Francisco Avellaneda; un pasage de un capítulo del *Quijote* de un modo que nada dejó que desear, en cuanto á entonacion, claridad del fraseo y voz robusta, por todo lo que mereció plácemes.

Levantose el académico de número y mérito D. Julian Apraiz y pronunció la oracion reglamentaria, un notable discurso, del que vamos á hacer una ligera sintesis.

Estaba hermoso pero imponente el Teatro cuando el Sr. Apraiz se levantó á pronunciar su oracion fúnebre; la cual fué un prodigio de memoria

y de serenidad por parte del autor y un trabajo de erudicion y de elocuencia difficilísimas de aunar en asunto de que tanto se ha abusado.

El Sr. Apraiz se propuso desarrollar tres temas, no un tema solo con lo cual aumentó las dificultades de su empeño del que solo su extraordinaria competencia y las sorprendentes dotes de que hizo alarde esta noche pudieron sacarle airoso.

Vindicar á Cervantes de la nota de anti-vircanismo, justificar la razon que el ejército tenia en celebrar el aniversario de Cervantes y enaltecer la mujer cristiana como aquel la enalteció fueran los propósitos del orador. Lo consiguió á maravilla pues no se contentó con probarlo plenamente con oportunas disquisiciones y referencias sino que junto á cada argumento que podía ser la obligacion de literato puso párrafos tiernamente elegiacos que probaban la habilidad del orador.

El Sr. Avellaneda leyó magistralmente una linda poesia á Cervantes, que fué muy del gusto del público, el cual, insistentemente pidió el nombre de su autor, que resultó ser el ilustrado Capitan de Artillería, Sr. Arzadun; y la Sta. Arroyabe dijo otra no ménos inspirada, de memoria, con soltura y buena entonacion.

El loco de la guardilla, del malogrado poeta, Don Narciso Serra, se puso en escena, á continuacion, obteniendo un desempeño excelente, con la propiedad con que los señores encargados de los distintos papeles supieron imprimirles. Bien merecidos fueron los aplausos que obtuvieron los señores Perez, (director de escena, á cuya competencia en asuntos escénicos, se debió en gran parte la brillantez del resultado), Pascual, Mesanza, Montiel y García; y en especial la Srta. D.^o Concepcion Lopez de Arróyabe, que, sin haber jamás pisado las tablas, ni tal vez asistido á representacion dramática alguna, asombró por el aplomo y la naturalidad con que dijo su papel de Magdalena.

Los actores fueron obsequiados por parte del público con magnificos ramos de flores, y la Srta. de Lopez de Arróyabe con uno, especial, de doña Trinidad Bustamante de Zabala.

El sexteto que dirige el reputado profesor, D. Nicanor Urrutia tocó admirablemente la sinfonia é introduccion de la ópera de Verdi *Nabucodonosor*, siendo muy aplaudido.

Pobre Mercedes, una lágrima de Marti Puig, por la bella Srta. doña Dolores Comas, con la mayor delicadeza y expresion, haciendo alarde de una voz simpática y bien timbrada y de una excelente escuela de canto. Fué frenéticamente aplaudida y obligada á repetir el canto, obsequiándola con flores ramos y palomas. El sexteto la acompañó perfectamente. Esta Srta. es de la madera de los buenos artistas y si sigue, con fé y constancia llegará á serlo de las buenas.

El ilustrado médico y entusiasta *amateur*, D. Agustin Mundet, demostró sus especiales aptitudes para el piano, ejecutando en este instrumento

el difícilísimo *Trémolo* de Gottschalk, lo que le valió, nutridos y estrepitosos aplausos.

Nuevamente se dejó oír el sexteto del Sr. Urrutia con una fantasía sobre motivos de *La Tempestad*, composición suya que agradó infinitamente al público, que no escatimó sus muestras de aprobación.

La romanza de la zarzuela *Los diamantes de la corona*, por la señorita Comas, arrebató al auditorio que no acertaba á cesar en sus aplausos.

Dió fin á esta notable velada la representación de la graciosa comedia de Vital Aza *Parada y fonda*, en la que los Sres. Perez, Avellaneda, Mesanza y Maiz, demostraron ser más meros aficionados, poniendo de relieve, los ingeniosos chistes y graciosas situaciones en que abunda esta producción.

La velada concluyó después de la una, efecto de lo extenso del programa, y el público salió complacido y deseando que se repita, lo que según nuestras noticias, no tardará en suceder, con el aliciente de una agradable novedad.

No quiero ser indiscreto.

PASCUAL LOPEZ.

